

GARCÉS GÓMEZ, María Pilar (2018): *Perspectivas teóricas y metodológicas en la elaboración de un diccionario histórico*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 348 páginas.

Como explica María Pilar Garcés Gómez, coordinadora del libro *Perspectivas teóricas y metodológicas en la elaboración de un diccionario histórico*, el *Nuevo diccionario histórico del español (NDHE)*, dirigido por José Antonio Pascual y coordinado por Mar Campos Souto, es un proyecto con más de una década de recorrido que ya en sus inicios «se concebía desde una nueva perspectiva teórica y metodológica en la que se daba cabida a los nuevos avances de la lingüística, de la informática y de la filología, con el objetivo de explicar la formación y evolución de las palabras a partir de la “red de relaciones” en que estas se organizan y que son fundamentales para explicar e interpretar adecuadamente los procesos de cambios» (p. 10). Como constituyentes claves de dicho proyecto, no solo debe contarse a las personas implicadas en el mismo, al desarrollo técnico y científico que lo hace posible, o a la colaboración con otros proyectos, sino que una obra de semejantes dimensiones puede seguir creciendo y mejorando solo si se mantiene receptiva al progreso científico que en otras universidades, desde otros foros y desde distintas áreas de la ciencia, se está desarrollando. Como podrá comprobarse en lo que sigue, que pretende ser una síntesis de las distintas contribuciones que este libro incluye, el valor de aunar distintos acercamientos y perspectivas al análisis diacrónico del léxico es enriquecedor y apasionante no solo para proyectos como el *NDHE*, sino para cualquier investigador de la historia de la lengua.

«*Base de datos morfológica del español (BDME): caracterización y estructura*», de Jesús Pena Seijas, es la presentación de un proyecto que en su última fase tiene entre sus objetivos el «complementar la información con los redactores del *NDHE*, pues se intenta presentar un marco general donde encuentren acomodo las palabras relacionadas desde un punto de vista genético o etimológico y también derivativo» (p. 18). Es la *BDME* una base de datos construida desde una perspectiva diacrónica, por lo que puede considerarse como morfoetimológica, pues ofrece familias de palabras relacionadas morfológicamente y emparentadas genéticamente. De hecho, una noción central es el concepto de familia léxica, en una interpretación amplia; esto es, la de familia genética o etimológica, «donde no se exige el requisito tan estricto de relación derivativa» (p. 19). Otra peculiaridad, que deriva también de su carácter histórico, es la introducción de datos de forma escalonada, así como la prioridad que se otorga al griego y al latín, y a los temas de palabras inexistentes griegos y latinos. Si su orientación histórica es importante para comprender cómo funciona, no lo es menos su naturaleza morfológica. Como explica el profesor Pena, se han de tener en cuenta tres fundamentos: «(i) la morfología como clasificadora de las palabras; (ii) la morfología como codificadora de significados; y (iii) la noción de paradigma derivativo» (p. 22).

En el nivel de la microestructura, el formulario de cada palabra analizada en la *BDME* ofrece las siguientes propiedades: lengua, término, variantes, sinonimia y ejemplos; significado y significados morfológicos; marcas de uso; si se trata de una palabra hipotética, o si es culta o popular. Finalmente, se ofrece también el origen; es decir, el

antecedente inmediato en otra lengua de la palabra analizada. Se considera además si tiene estatus de palabra o es un tema de palabra inexistente, así como la clase de palabras a que se adscribe, la base (o bases) sobre las que se ha formado, y los procesos de formación. En el formulario figuran además fuentes documentales, bibliografía y el historial de comentarios aclaratorios sobre el análisis. En la parte central de su artículo, Jesús Pena detalla algunos de los procesos de formación de los ofrecidos en la *BDME*, como la sustracción (tradicionalmente conocida como formación regresiva), que se observa en *perdonar* > *perdón* o en *deslizar* > *desliz*; la sustitución (*adición* > *aditivo*, *premonición* > *premonitorio*) o el *blending* (*expoarte*, *infografía*).

En cuanto a la visualización de las familias léxicas, estas se muestran en diagramas arbóreos; sistema de representación que también ofrece el *NDHE*, precisamente por las ventajas que el autor destaca en su artículo, y que en último término consisten en dar al usuario la posibilidad de «profundizar en una determinada serie de derivación al elegir los elementos que interesan o prescindir de la información que no interese» (p. 51). La *BDME* proporciona además una visualización lineal, que permite obtener una imagen fija de una familia léxica, y que es también extremadamente útil por la representación en paralelo de series de derivación latina y española, lo cual permite observar fácilmente qué palabras se han perdido en la evolución del latín al español, ya que los huecos correspondientes se muestran mediante una casilla vacía.

En su artículo «Derivados en *-dero* en documentación del Siglo de Oro. Voces escasamente documentadas», José Ramón Morala Rodríguez parte del *Corpus Léxico de Inventarios (CorLexIn)*, compuesto por textos notariales e inéditos, mayoritariamente del siglo XVII. Los textos reunidos en dicho corpus son, esencialmente, relaciones de bienes de todo tipo (inventarios, testamentos, tasaciones, almonedas, cartas de arras...), lo que «implica la obligación por parte del escribano de anotar con la mayor precisión posible los bienes de una hacienda» (p. 64). Con este valioso material documental, el autor estudia el sufijo *-dero*, *-dera* que, como es sabido, forma derivados a partir de verbos y es notablemente productivo en castellano; si bien, históricamente, no siempre ha definido bien sus límites con el sufijo *-dor*, *-dora*. Por las características propias del corpus empleado, las creaciones léxicas de *-dero* y *-dera* apuntan en su mayoría a sustantivos que nombran instrumentos, o bien a adjetivos que indican la utilidad de un determinado objeto.

Así, las voces estudiadas son *ablentadera*, *agramadera*, *aliviadero*, *alumbradera*, *andadero*, *aportadera*, *arrasadero*, *brumidera*, *calzadera*, *castradera*, *coceder*, *cua-jadera*, *(en)cuartadero*, *debagadero*, *des(a)hitadera*, *descepadera*, *desgranadera*, *desmontadera*, *despajadero*, *embarradera*, *encornadera*, *escardadera*, *escorredero*, *escurridera*, *espadadero*, *esquiladero*, *estrelladera*, *freidera*, *gorciadera*, *haladera*, *hormadera*, *majaderillo*, *matadero*, *mazadero*, *mejoradera*, *moledero*, *ofreceder*, *ofrendadera*, *picadera*, *pintadera*, *purridera*, *ralladera*, *raspadera*, *rebanadera*, *reparadera*, *rozadera*, *salgadero*, *segadera*, *soldadera*, *sufridera*, *tiradero*, *tocadero*, *tornadera*, *trabadero*, *tranzadera* o *trenzadera*, *trasegadera*, *trilladera*, *trilludera*, *uncidera* o *julidera*, *vareadero*, y *vendimiadera*. Por otra parte, las voces que han interesado al profesor Morala son aquellas que o bien no figuran en los diccionarios académicos (aunque con frecuencia se registren en repertorios léxicos dialectales), o que no apare-

cen (o aparecen muy escasamente representados) en los corpus textuales frecuentemente usados por los investigadores de la lengua, en los que sin embargo sí se atestiguan algunos de sus sinónimos más o menos exactos: *ablentador*, *desgranador*, *embarrador*, *espador*, *rebañadera*, *reparador*, *saladero*, *soldadero*, *tocadera*, *trasegador* o *uncidor*.

Mar Campos Souto, en su trabajo «Nombres de azúcares en *-ita* en el siglo XIX: bases documentales y morfología diacrónica», reflexiona sobre las vías de entrada en español de términos como *catartomita*, *cuercita*, *dulcita*, *eritrita*, *faseomita*, *ficita*, *inosita*, *isodulcita*, *manita*, *melampirita*, *nucita*, *pinita*, *perseíta*, *ramnegita* y *sorbita*. La profesora Campos demuestra que estas voces proceden de étimos franceses o alemanes, acuñados sobre temas latinos (o, en menor medida, griegos) y, en algún caso excepcional, sobre bases romances, e incide además en que estudios como estos son solo posibles gracias al rastreo meticuloso de testimonios en hemerotecas y bibliotecas digitales, herramientas que permiten «una investigación que, de otro modo, se habría revelado inviable» (p. 98). Algunos de los materiales consultados son traducciones del francés de principios del siglo XIX, como las *Lecciones elementales de química teórica y práctica*, la *Nueva nomenclatura química* o el *Tratado completo de química teórica y práctica* pero, sobre todo, son obras de la segunda mitad del siglo, la etapa del español en la que se difunden los nombres de azúcares en *-ita* en nuestro idioma; «un subconjunto de términos presenta originalmente en su base el nombre de un vegetal» (p. 101).

Algunos ejemplos son el *Tratado de química orgánica aplicada a la farmacia* (1879), *La Botica o Repertorio general de Farmacia práctica* (1859), el *Novísimo formulario magistral* (1858), *Lecciones de química general elemental, traducidas del francés* (1857), *Elementos de filosofía química según la teoría atómica* (1881), o los *Elementos de química orgánica aplicada a la farmacia, medicina i artes* (1869), texto de gran relevancia para la historia de la química en ese siglo. Por otra parte, la autora pondera el impacto de estas voces en la tradición lexicográfica del español, que es escaso, pues en diccionarios generales apenas se consignan, debido a su carácter especializado, con la excepción de las obras de E. Zerolo, que en 1895 incluye *dulcita*, *manita*, *inosita*, y *pinita*, y de J. Alemany y Bolufer, en 1917, que recoge *catartomanita*, *quer-cita* (*cuercita*), *eritrita*, *ficita*, *isodulcita*, *perseíta* y *sorbita*.

«El cambio semántico y sintáctico en las construcciones de *capaz*» es estudiado por María José Rodríguez Espiñeira, en un trabajo que describe el proceso diacrónico de cambio semántico y sintáctico registrado en español en las construcciones: *es capaz (de) que Vflex. / es capaz de Vinf.*, que desembocan en la creación de los operadores modales: *capaz que*, *capaz de*, *capaz*. Como explica la autora, «el cambio gramatical desde lecturas dinámicas de posibilidad interna a un participante hasta lecturas epistémicas implica un desplazamiento del ámbito o dominio de aplicación del elemento modal [...], que está asociado pragmáticamente con un proceso de subjetivización» (p. 118), y este desplazamiento se va a identificar a través de variantes constructivas y contextos propiciadores de dicho cambio atestiguados a lo largo de la historia, que se extraen de la consulta de corpus diacrónicos del español. Además, el desplazamiento de ámbito se ve corroborado por la evolución paralela del esquema *ser capaz de Vinf.*, como se observa a partir de los datos que ofrece el *Corpus do Português (CdP)*.

Así, el trabajo se inicia con la revisión de las construcciones de *capaz* y el examen de la polisemia del adjetivo, así como de los usos del adverbio que se crea a partir de este, tanto en español como en el portugués de Brasil y en italiano. A continuación, la autora se centra en el análisis del cambio semántico diacrónico en el área de la modalidad. Para ello, se parte de dos propuestas concretas, la de Grández Ávila (2010) para el español, y la de Castroviejo y Oltra-Massuelt (2016) para el catalán y el español, y se muestran algunos datos que evidencian la necesidad de matizarlas. Además, se analizan en detalle los contextos de cambio del adjetivo, con especial atención a todas las variantes constructivas, con complemento no finito y con cláusula complementaria finita. La profesora Rodríguez Espiñeira examina también otros correlatos estructurales del cambio, como la presencia de tiempos de pasado en el complemento, de pasivas o de predicados impersonales. Con la información previa analizada se confirma la tesis de que el cambio sintáctico se corresponde con el progresivo incremento de ámbito de *capaz*.

En conclusión, la dimensión polisémica de *capaz* revela, con este completo análisis, «que ha sufrido un cambio semántico, desde un dominio fuente, vinculado con propiedades inherentes o adquiridas de las entidades —capacidad para contener, condiciones de aptitud, adecuación o habilidad de un participante— hasta un dominio meta de tipo epistémico: la creencia del hablante sobre la probabilidad de realización de un evento» (p. 171). El sentido modal se halla reforzado en algunos fragmentos, especialmente en épocas iniciales de uso del adjetivo, con la inserción del verbo *poder* en el complemento del adjetivo, una combinación que también se registra en portugués y que pervive ocasionalmente en usos actuales, para intensificar el valor de posibilidad. Finalmente, la evolución diacrónica examinada en este trabajo corrobora la tesis de que la principal repercusión gramatical del cambio semántico de no epistémico a epistémico consiste en una reestructuración de las relaciones de ámbito (entidad > cláusula) y una progresiva orientación del elemento modal hacia el acto de habla.

En su trabajo «Diacronía de los adverbios de enunciación: procesos de formación y evolución», María Pilar Garcés Gómez explica el proceso de formación y desarrollo histórico de un grupo de adverbios enunciativos que califican la actitud con la que el hablante emite su enunciado (*sinceramente, francamente, honestamente, honradamente*) o que añaden un comentario sobre la forma de la enunciación (*brevemente, resumidamente, concisamente, sintéticamente, sucintamente, sumariamente*). Para este estudio, se ha servido fundamentalmente de los textos incluidos en los distintos corpus que la RAE proporciona, como son el *CDH*, *CORDE* y *CREA* y *CORPESXXI*; estos últimos, con el objetivo de comprobar su empleo en la lengua española contemporánea y actual. Como un primer paso necesario, recorre la bibliografía existente en torno al tema, deteniéndose en particular en la controversia que divide a los investigadores (Zorraquino, Porroche, Portolés, Fuentes, entre otros) a la hora de determinar si estos adverbios y locuciones adverbiales han de ser tratados como marcadores discursivos cuando desarrollan funciones pragmáticas en el nivel del discurso. En este artículo, la autora considera que es necesario tener en cuenta los distintos niveles en los que se sitúan estos elementos y los diferentes planos en los que funcionan en el contexto discursivo.

Para estudiar el origen de estas voces y su desarrollo histórico, se apunta primeramente a los antecedentes latinos y creaciones romances de dichos adverbios enunciativos, si bien concluye que se puede considerar que «las formaciones romances correspondientes, surgidas en diferentes etapas históricas, no derivan directamente de formas latinas, en su mayor parte, sino que se constituyen a través de distintos procedimientos: a) formaciones en *-mente* creadas a partir de una base léxica adjetiva» como *sinceramente, francamente, brevemente, resumidamente*, etc.; o bien «b) locuciones adverbiales constituidas por un grupo preposicional que tiene como base léxica el sustantivo que denota la actitud del hablante hacia lo que dice [...] o estructuras lexicalizadas creadas sobre la base léxica del sustantivo», como *con sinceridad, con franqueza, de corazón, la verdad sea dicha, en resumen*, etc.; o «c) adverbios o locuciones adverbiales creados a partir de adjetivos o de sustantivos» como *seriamente, en serio, bromas aparte*; o, finalmente, «d) adverbios y locuciones adverbiales formados por adjetivos, sustantivos o pronombres personales», como *confidencialmente, en confianza, entre nosotros, entre tú y yo, con todos los respetos* (pp. 195-196). De los distintos grupos enumerados, la autora se centra en el primero de ellos; adverbios terminados en *-mente* que designan la actitud del hablante hacia lo que dice, específicamente en relación con la sinceridad o franqueza de su postura, y aquellos que añaden un comentario sobre la forma de la enunciación.

El análisis de su proceso evolutivo desvela rasgos propios, tanto comunes como diferenciados, de estos adverbios, que explican sus posteriores usos pragmáticos. Los datos de los corpus analizados muestran que no se puede considerar que haya existido un desarrollo gradual entre su empleo como adjuntos de verbos de lengua en el marco de la oración y su uso como modificadores del acto de enunciación en el nivel del discurso a través de una etapa intermedia en la que se constituyen en cláusulas absolutas o en construcciones parentéticas con un verbo de dicción explícito, sino que el paso de una a otra función se ha desarrollado de un modo espontáneo y ligado a determinados tipos de géneros y tradiciones discursivas. Finalmente, la profesora Garcés apunta la conveniencia de realizar una adecuada representación de estos adverbios en un diccionario histórico; de sus características formales, sintácticas, semánticas y pragmáticas, así como sus acepciones y subacepciones en los distintos periodos, las relaciones semánticas que se establecen entre ellas y los contextos específicos en los que se atestigua su uso.

María Belén Villar Díaz, en su trabajo «Las relaciones léxico-semánticas paradigmáticas y sintagmáticas en el repertorio lexicográfico diacrónico: avances y retos», pondera la dificultad de reflexionar en términos generales sobre el papel de la semántica en el diccionario, por lo que se centra en el análisis de algunos aspectos concretos relativos a la plasmación en un repertorio lexicográfico diacrónico de las relaciones léxico-semánticas, valorando, por una parte, los enormes avances realizados en lexicografía diacrónica, y, por otra, los desafíos futuros. A fin de ejemplificar estas consideraciones, recurre en ocasiones al *Nuevo diccionario histórico del español*. Así, en la discusión de las dificultades para diferenciar metodológicamente polisemia y homonimia, la profesora Villar destaca que, por lo que respecta a las voces homonímicas, y desde un punto de vista estrictamente macroestructural, en el *NDHE* se ha tomado la

decisión de adoptar tantas entradas como orígenes posea un significante dado, opción enriquecida, además, por medio de los hiperlemas, «lo que permite al usuario interesado obtener, en una misma consulta, información detallada acerca de la totalidad de posibilidades correspondientes al significante buscado» (p. 253). En otro punto de su estudio, la autora destaca la información que en las entradas polisémicas se ofrece sobre procesos metonímicos y metafóricos entre acepciones, pues, «si el interés de este tipo de información resulta innegable en el marco de cada entrada considerada individualmente, con mayor razón aún lo es desde la perspectiva que otorga la visión relacional del léxico» (p. 255).

En lo que respecta a los tipos de definiciones, la autora analiza los esquemas de definición, como el de la definición hiperonímica, la cual, compuesta por un género próximo y una definición específica, se considera el esquema definatorio por excelencia en los diccionarios contemporáneos, en el que la principal dificultad radica en la elección del definidor, especialmente en paradigmas léxicos amplios. Un reto añadido, tanto en lexicografía sincrónica como diacrónica, es conseguir un nivel óptimo de coherencia, a través, esencialmente, de la adopción de definiciones hiperonímicas estables. La sistematicidad se convierte en clave, más en un diccionario de tipo relacional, y en este sentido, como destaca la profesora Villar, resulta especialmente interesante la existencia de hipervínculos relacionales. En el *NDHE*, el aprovechamiento del sistema hipervincular para dar cuenta de la aparición de una relación de sinonimia histórica entre varias unidades léxicas constituye un avance que permite al usuario determinar las acepciones concretas en las que dos voces puedan ser consideradas sinónimas.

En definitiva, en palabras de la autora, «lingüística y lexicografía se retroalimentan necesariamente en un diccionario histórico de calidad; este, posible únicamente tras una etapa previa de análisis lingüístico, se convierte, a su vez, no solo en obra de consulta satisfactoria para el usuario medio, sino también en utensilio extremadamente útil para el amante de la lengua, que dispondrá de datos fiables y bien estructurados, fuente preciosa de conocimiento de la historia semántica del vocabulario. La propuesta de diccionarios como el *NDHE* constituye, así, sin lugar a dudas, un enorme avance en el ámbito de la lexicografía diacrónica» (p. 256).

En «Nuevas herramientas y viejos saberes», José Ignacio Pérez Pascual reflexiona sobre el complicado equilibrio existente entre las posibilidades que proporcionan las nuevas tecnologías y las dificultades que entraña el manejo del consecuente incremento de información que estas ofrecen. Como ejemplo, estudia por una parte el caso del léxico que designa tipos de telas que figuran en la última edición del diccionario académico, a pesar de su escasísima presencia en los corpus y de la ausencia de testimonios recientes, y por otra, el de la incorporación a los diccionarios, fundamentalmente a comienzos del siglo XX, de algunos arabismos vinculados al mundo de la milicia, como producto de la presencia colonial española en el norte de África (*áskar, harka, tabor...*).

En palabras del autor, «a pesar de las grandes posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías y del incremento de información que aportan, hay puntos en los que es imposible avanzar con seguridad, pues siguen faltando datos» (p. 281). Un ejemplo se

plantea en el estudio del vocabulario de los tejidos: si bien es posible localizar en los repertorios lexicográficos más comunes algo más de un centenar de voces que incluyen alguna acepción relacionada con dicho campo semántico, sin embargo, la información a la que podemos acceder en esos mismos diccionarios es muy reducida. En estos casos, la falta de información en los repertorios lexicográficos no puede remediarse mediante la consulta de los corpus más habituales, pues la documentación sobre estas voces es muy escasa, cuando no inexistente. Así se muestra en el caso de una serie de tejidos cuyos nombres proceden de toponimia gallega, como son *allariz*, *coruña*, *lorenzana*, *santiago* o *vivero*; todos sustantivos que, según la última edición del diccionario académico, son tipos de lienzo.

En otros casos, sin embargo, la consulta de hemerotecas digitales nos puede servir para obtener interesantes datos sobre la historia de algunas palabras de carácter especializado, como el de ciertos arabismos que se atestiguan en español entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Voces relacionadas con la milicia y la presencia española en Marruecos, como *áscar* ('ejército') y *áscari* ('soldado de infantería marroquí'), incorporadas al Suplemento del *DRAE* de 1914, y que permanecen en su última edición, o *harca*, en el mismo diccionario, que designa un tipo de expedición militar; así como *mehala* ('ejército regular') o *tabor* ('unidad de tropa regular indígena perteneciente al ejército español y compuesta por varias mías o compañías'), escasa y tardíamente documentadas en los corpus, pero con una interesante presencia en la prensa de la época, que las hemerotecas digitales permiten recuperar.

En el artículo «Lengua, ciencia e historia: La evolución de *célula*», Cecilio Garriga Escribano estudia, en el marco de la historia de la ciencia y la lexicografía, los usos de la palabra *célula* en los textos de diferentes épocas del español, así como su presencia en los diccionarios del español y otros diccionarios históricos de nuestro entorno. El profesor Garriga expone cómo, en los primeros diccionarios, *célula* se entiende como diminutivo de *celda*, de uso ya anticuado, pero lo que no advierte, por ejemplo, el *Diccionario de autoridades* (1726-1739), es que el uso de *célula* va asociado a textos que se consideran «especializados» y que se refieren al cuerpo humano y a la medicina. Es Terreros el primero que introduce un significado especializado: «se dice también por la semejanza de otras muchas cosas, como en la Anatomía, por las cavidades, intersticios, etc., de las partes del animal» (s. v. *celda* y *celdilla*). La consulta de corpus confirma que precisamente hacia finales del siglo XVIII y comienzos del XIX empiezan a aparecer testimonios en los que *célula* se emplea en relación con la botánica y la zoología y, de hecho, Domínguez renueva el artículo de *célula* en su obra, con acepciones especializadas, entre las que recoge la de botánica, y también lo hará, en 1884, el diccionario de la Academia, que incorpora una nueva acepción técnica: «*Bot. y Zool.* Elemento anatómico microscópico de los vegetales y animales, y de figura ordinariamente esférica». Desde la década de 1830, gracias a los estudios de T. Schwann y M. Schleiden, se establece que las células son las unidades elementales en la formación de las plantas y los animales, y la base del proceso vital. Sin embargo, como señala el autor, «hay que esperar al *DRAE*-1956 para que aparezca el rasgo definitorio que había establecido la ciencia: el de organismo vivo» (p. 314). La acepción pasa a marcarse como propia de la biología, y con una definición más acorde con los avances de la ciencia, si bien no es

hasta la edición de 2001 cuando se produce una revisión más profunda del artículo, que sitúa este valor como primera acepción y reformula la definición, que pasa a ser: «Unidad fundamental de los organismos vivos, generalmente de tamaño microscópico, capaz de reproducción independiente y formada por un citoplasma y un núcleo rodeados por una membrana».

Por otra parte, con el desarrollo del pensamiento sociológico, y probablemente debido al interés de las disciplinas humanas por emular los métodos y los conceptos de las ciencias experimentales, *célula* empieza a utilizarse para referirse a las organizaciones humanas, y existen testimonios de este uso ya en el último cuarto del siglo XIX. De modo semejante, con el desarrollo de las ideologías revolucionarias obreras que toman más fuerza con el inicio del siglo, se organizan grupos clandestinos de activistas que se denominan *células*, y así, *célula* como ‘grupo organizado de personas’ aparece cada vez con mayor frecuencia en los textos de la primera mitad del siglo XX. Otros nuevos usos son el de *célula* como ‘celda de una prisión’, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, o como ‘dispositivo eléctrico alojado en un compartimento cerrado’, desde los primeros años del siglo XX. Como concluye el autor, la palabra *célula* aparece en el contexto de la descripción de las cavidades del cuerpo humano, evoluciona hacia su uso en el ámbito de la botánica y la zoología, para pasar a designar el mínimo organismo vivo con el avance de la biología, alcanzando así el que será su principal uso. A partir de entonces desarrolla significados figurados en sociología y política, pero el rasgo original de ‘cavidad pequeña’ permanece vigente, y da lugar a su vez al valor figurado que le permite sustituir a *celda* (motivado también por el rasgo ‘organizado’ de *célula* en biología), y desarrollar un nuevo significado en el campo de la técnica.

José Antonio Pascual Rodríguez, en sus «Notas sobre la etimología de *ir en ar[r]uenço*; precisiones sobre las de *troj* y *boj*», toma en consideración dos problemas etimológicos que pueden abordarse en la actualidad gracias precisamente a los recursos que ofrece la red, mediante el acceso a numerosos textos, reproducciones de manuscritos o ediciones antiguas que mejoran el trabajo de los filólogos y abren un sinfín de posibilidades para el estudio diacrónico del léxico.

El primero de los ejemplos es el sintagma *ir en aruenço*, del verso 1229 del poema de Mio Cid, de interpretación problemática en una larga tradición crítica. Sin embargo, a partir del análisis de otras voces como *ronçón* o *ronçonar*, se abre la posibilidad de dar con una explicación a *aruenço*, que el autor expone como, en primer lugar, un paso de *rançón* a *ronçón*, al que seguiría la derivación de *ronçón* en *arronç[on]ar* ~ *\*arronçar* ‘rescatar’. Finalmente, de este reconstruido *\*arronçar* procedería *en ar[r]uenço* del poema de Mio Cid (cuyo diptongo tónico *ué* reproduce la variación que se daba en los verbos que contaban en el infinitivo con una *o* átona, procedente de *Ō* breve). Como concluye el profesor Pascual, «podemos representarnos a estos moros *en arruenço* formando parte del negocio (*barata*) que el Cid podrá hacer con su rescate. Con excepción del rey de Sevilla, que se libra de ser capturado, todos los demás son la ganancia con que se torna el héroe» (p. 334).

Por otra parte, el estudio de *boj* y *troj* se enriquece gracias al acceso a algunos datos de los atlas lingüísticos españoles, que confirman «el desequilibrio que se da en lo

referente a la existencia de este arbusto (y consiguientemente de su denominación) entre el oriente peninsular y el resto del territorio, y, por lo tanto, se explica bien la penetración de las formas orientales en el espacio castellano lindante con Aragón» (p. 338). Según el autor se infiere, en definitiva, que estamos ante un mismo étimo que ha seguido un camino distinto en su evolución al aragonés y al castellano, como se manifiesta en la presencia de distintas vocales finales —arag. *o* ~ cast. *(e)*— y tónicas —arag. *ú(i)* ~ cast. *ó*— (dejando al margen el latinismo esporádico *bujo*). A estos se suman otros datos de interés, como los que ofrece el CDH, en el que se recogen testimonios de *troj(e)* con terminación *-a* y género gramatical femenino; entre otros, el de fray Bartolomé de las Casas, en 1552 (*trojas*, a la vez que *trojes*); Gonzalo Fernández de Oviedo, en 1535 (*la troja*, *las trojas*, a la vez que *las trojes*); Ruy Díaz de Guzmán, en 1612 (*grandes trojas*); Antonio Vázquez de Espinosa, en 1629 (*trojas*); Pastor Servando Obligado, en 1903 (*tu troja*); Víctor Cáceres Lara, en 1952 (*la troja*, a la vez que *las trojes*); Cristóbal Zaragoza, en 1981 (*la última troja*); o José Sanchis Sinisterra, en 1985 (*esta troja*, *estas trojas*); demostrando el indudable valor de estos recursos para el estudio preciso y metódico de la historia del vocabulario.

Con este capítulo se cierra el libro coordinado por María Pilar Garcés Gómez, en el que se recogen, como se ha podido comprobar, aportaciones de enorme interés desde las diferentes ramas de la lingüística, que buscan lograr que la explicación del devenir diacrónico de las unidades léxicas sea lo más adecuada y rigurosa posible, y cuya lectura puede resultar relevante a muy distintos estudiosos, precisamente por la cualidad poliédrica y novedosa de los trabajos aquí reunidos. Finalmente, tras este repaso a *Perspectivas teóricas y metodológicas en la elaboración de un diccionario histórico*, se hace además evidente que un diccionario como el *Nuevo diccionario histórico del español*, concebido y desarrollado como una red de relaciones, crece gracias precisamente a la relación, comunicación y entendimiento con otros investigadores y centros de trabajo, en una conversación científica de la que todas las partes se benefician, pues las propuestas de unos posibilitan los avances de los otros, y redundan, en último término, en el mejor conocimiento de la historia del léxico de nuestro idioma.

Rosalía Cotelo García (*Universidad Autónoma de Madrid*)